

20 años viajando a la India sagrada (1988-2008)

Mi primer viaje

Mi interés por la India, especialmente por su lado místico y espiritual, me llegó a la edad de 13 años. Escuchaba boquiabierto a mi Padre contarme historias sobre su infancia y juventud en su país de origen, veía toda película del cine indio que nos llegaba en video y leía todo tipo de artículos y noticias sobre la India que aparecían en periódicos y revistas.

Mi fascinación se vería considerablemente incrementada cuando comencé de forma seria a estudiar las Escrituras védicas a la edad de 15 años. Soñaba con visitar la tierra donde había aparecido el Señor Krishna, bañarme en el Ganges y visitar muchos templos.

Durante dos años estuve ahorrando una mínima parte de mi sueldo (eran 20.000 pesetas en 1986) pues tenía que ayudar con la economía familiar. A finales de 1987 pude comprar mi primer billete de avión a la India, era un vuelo de Iberia (que a los dos meses se cancelaría) desde Madrid a Bombay sin escalas. Finalmente, el nueve de enero de 1988 comencé mi primer viaje a la India. Recuerdo, que los últimos días antes del viaje apenas podía dormir por la excitación de ver cumplido mi sueño, visitar la tierra de mis antepasados paternos. Las ocho horas de avión se me hicieron eternas, hasta que en la mañana del 10 de enero llegamos a Bombay, la puerta de la India. A pesar de mis años de estudio de la cultura hindú, de estar familiarizado con el idioma, el choque cultural fue inevitable: el desorden, el calor y el caótico tráfico fueron mi primera prueba de fuego. En este primer viaje, mi padre me acompañó hasta Bombay donde pasamos unos días juntos conociendo a parte de la familia. Luego, con la excusa de visitar a una prima de mi padre que vivía en la otra punta de la ciudad, me monté en un autobús y lo que era una visita de horas, se convirtió en un viaje de dos semanas por el estado de Maharashtra, del cual Bombay (ahora Mumbai) es la capital. En ese primer viaje iniciático fui testigo en la ciudad santa de Pandharpur de uno de los más fascinantes rituales védicos: Homa, la ceremonia de fuego. Cautivado por los mantras y rituales, me decidí a aprender los rituales del hinduismo, en los sucesivos viajes estudié con algunos de los mejores maestros del ceremonial, que me acogieron con los brazos abiertos sin preguntarme de qué casta era o cuánto dinero tenía.

Después de la reprimenda de cara a la familia, y luego la felicitación en privado de mi Padre, por haber tenido el valor de viajar solo por la Maharashtra profunda (no la turística), con 17 años y conocimientos muy básicos de las lenguas locales, sin olvidar que mi aspecto físico es más occidental que indio, lo cual siempre da pie al engaño en los comercios, taxis, etc. Por otro lado he vivido en primera persona, la magnífica hospitalidad del hindú. Me acuerdo que visitando una pequeña aldea en el estado de Uttar Pradesh, unos humildes campesinos me invitaron a su casa a comer, y una vez me sirvieron la comida, esperaron a que yo tomara el primer bocado para luego ellos empezar a comer.

Durante mi primer viaje, permanecí cincuenta y cinco días en la India, visitando a la familia paterna, creando amistades que todavía perduran a pesar de los años pasados y la gran distancia que nos separa. Recorriendo los estados de Maharashtra y parte de Gujarat y visitando sus históricos templos. Participando en festivales como Shiva-ratri y Holi, y saboreando las delicias de la cocina hindú, todo un placer para un vegetariano. Este sería el primero de mis viajes, el comienzo de una relación de amor no exenta de dificultades con la India sagrada.

La India tierra de contrastes

No existe país en el mundo tan diverso, sorprendente e impactante. La India es, por un lado, una potencia tecnológica (desgraciadamente con aplicaciones sobre todo militares) y, por otro, uno de los territorios que padecen mayor analfabetismo, miseria y desempleo. Es una potencia agrícola y, por otra, la tierra de las grandes hambrunas debido a una mala distribución de los recursos acuíferos. Es la mayor democracia del mundo y al mismo tiempo existe una endémica desigualdad social. La India tiene un impresionante potencial con una de las poblaciones más jóvenes del planeta, y un alto nivel de desarrollo cibernético, pero el progreso material casi siempre está obstaculizado por una densa y burda burocracia, herencia dejada por los colonizadores británicos. Mosaico de culturas, razas, idiomas y religiones, la India cuenta con mil millones de habitantes, la superpoblación especialmente concentrada en las grandes ciudades solo hace aumentar el hacinamiento y el desorden.

La India antigua, aquella que muchos yoghis y devotos siempre hemos soñado, es la cuna indiscutible de la más reveladora tradición espiritual, de las refinadas escrituras sagradas, del yoga y de los mejores métodos de autorrealización, de grandes maestros como Chaitanya, Buda y Prabhupada. Viajar por la India es también encontrarse con su naturaleza extrema (en la India todo es extremo para bien o para mal), podemos encontrar desiertos, junglas, hermosas playas, grandes lagos, llanuras y montañas descomunales. La riqueza arquitectónica es simplemente única e

incomparable, se requerirían varias vidas para poder visitar con detenimiento sus innumerables templos, santuarios, ciudades sagradas, monasterios. Siempre digo que la India es el paraíso para los amantes de la fotografía, a lo largo de estos veinte años he llegado a tomar y archivar miles de imágenes de paisajes, templos, deidades y personas en diapositiva y más reciente en digital. Sobre los olores, que lastima que los olores de la India no se pueden capturar a través del objetivo de una cámara. Los contrastes en los olores son tan intensos que se pasa en pocos metros del dulzón incienso de sándalo al olor a excremento de vaca, del intenso perfume del jazmín que se vende a las puertas de los templos al sudor del gentío, el aroma intenso de las especias y el carísimo perfume de aguru, uno de los favoritos de Krishna. La India es una excelente paleta de colores, pero sobre todo es aromas de todo tipo, desde lo más exquisito que calma la mente y despeja las fosas nasales a los olores más nauseabundos.

Viajar la India es viajar a otro planeta, es por ello que el recorrido a través de su territorio tiende a tomarse un reto, un desafío, una aventura del alma y un viaje de autoconocimiento.

Experiencias en la Madre India

He viajado a la India en veintiuna ocasiones y recorrido ciento sesenta ciudades desde Kanyakumari en el extremo sur hasta Gangotri en los Himalayas, he visitado veinte de los veinticinco estados del país. Mis primeros viajes tuvieron como principal objetivo investigar y practicar su milenaria espiritualidad y poder mantener reuniones con muchos maestros, mentores, yoghis. Luego vinieron los viajes para profundizar en los diversos aspectos del país y embriagarme con su cultura, música, danza y arquitectura. A éstos se sucedieron otros viajes dedicados a la práctica y estudio de las ceremonias, del Yoga, Ayurveda y el sánscrito, la lengua madre. La providencia también quiso que en uno de estos numerosos viajes conociera a Radhapriya, mi esposa, de origen punjabi y nacida en Delhi, la capital. Nos casamos en una hermosa ceremonia en Delhi, ahora tengo otro motivo más para visitar la India, la numerosa familia de mi esposa, y es que casarte con una hindú es casarte también con toda la familia. Nuestro hijo Govinda con tres años ya ha viajado dos veces a la India, y se ha adaptado muy bien, ¡ojalá él también desarrolle ese amor por nuestra patria espiritual!

Los extremos en la India (climáticos, sociales, culturales, geográficos, espirituales y de todo orden) no hacen al verdadero viajero y buscador de la espiritualidad el camino fácil. Me gusta el equilibrio, nada de hoteles de cinco estrellas, ni guías locales que hablan nuestra lengua y te llevan a donde a ellos les interesa, ni largas estancias en las cómodas casas de los familiares, eso no es conocer la India. Hay que experimentar el tren, el autobús abarrotado, el auto-rikshaw, los lomos de elefante, las limpias pero muy humildes habitaciones de los dharam-sala y los baños purificatorios en el Ganges y callejear mucho, mezclarse con la gente. Esa es la verdadera India, y no la aséptica, vista desde los cristales de un autobús o la que se ve desde las ventanas de los hoteles de gran lujo, que nos quieren vender las agencias de viaje o a la que aspiran los turistas, que piden té sin teína y sacarina en un modesto establecimiento de un popular barrio de Delhi.

En la India he experimentado los más variados estados de una rara intensidad, tanto de alegría como de tristeza, de sentirme parte del universo y al mismo tiempo muy solo, de devoción y al mismo tiempo de hastío por la religiosidad mecánica.

Algunas de mis muchas experiencias en la India las he contado en mi obra “A la Luz de los Vedas”, otras las estoy recopilando en un nuevo libro que no sé cuando será publicado.

Estas líneas están escritas por alguien que siente un profundo amor por la India, aunque ese amor no está exento de dificultades y contradicciones, y es que viajar por la India es viajar por uno mismo con nuestras virtudes y miserias. Como dice otro gran conocedor de la India: Ramiro Calle: “Viajar por dicho país es como la madre que te hace gozar y sufrir, para volver a gozar”.

Dedicado a mi padre Shanker Ramchandani quien me dijo: “no hay mejor educación que la de viajar”.